

A la ciudad de Mérida camina
De personas algunas socorrido ;
Mas luego Pero Bravo de Molina
Mandó con gran rigor ser inquerido :
Hallado, por sentencia determina
Ser por cuatro caminos dividido ,
Y con solicitud y diligencia
Ejecutaron luego la sentencia.

La muerte á doña Inés no se perdona
Aunque su matador ya se huía ,
El cual pudo llegar hasta Pamplona
Do el buen Ortun Velasco residia ,
Una valerosísima persona
En cuanto pide buena hidalguía :
Aqueste capitán maravilloso
Hizo justa justicia del Llamoso.

Allí se le llegó la postrer hora
Por el enorme hecho cometido ,
Y la muerte vengó desta señora ,
Amigo del Ursúa conocido ,
Haciéndose justicia vengadora
En pueblo que fundó su muy querido :
Pueblo fundado por Ursúa, digo ,
Donde Llamoso padeció castigo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE LAS ELEGÍAS DE LOS VARONES ILUSTRES
POR JUAN DE CASTELLANOS.

Otros muchos trajeron al audiencia
Del nuestro nuevo reino de Granada,
Con los cuales usaron de clemencia
Tanta , que ya sobró de moderada ;
Pero dejemos esta pestilencia
Que hizo muy prolija mi jornada,
Por concluir aquí mi flaco Marte
De sus elegias la primera parte.

Y no creo será menos gustoso
El segundo volumen que prometo ,
Si Dios me proveyere de reposo ;
Porque cierto me traen inquieto
Movimientos de tiempo proceloso ,
A quien forzosamente me sujeto ;
Pues querer y poder no van á una
En los acecados de fortuna.

Sal, mi fiel escritura
Donde te vea la gente,
Que si Dios te da ventura,
Será del Invido diente
Liviana la mordedura.

Quizá no serán los menos
Los que te harán regalos ;
Porque por tan anchos senos
Donde hay disfavor de malos
Hay también favor de buenos.

ELEGIAS

DE

VARONES ILUSTRES DE INDIAS,

COMPUESTAS

POR JUAN DE CASTELLANOS.

SEGUNDA PARTE.

DEDICATORIA

A la majestad del rey don Felipe, nuestro señor.

Columna de la religion cristiana,
De católica fe firme sustento,
Aquestas mis elegias os presento,
Monumentos de gente castellana.

La vena que es estéril poco mana,
Pero como, Señor, le deis aliento,
Podrá la poquedad de mi talento
Servir á majestad tan soberana.

Esta segunda parte se publica,
La cual sobre real favor estriba
Como cosa que tanto le conviene.

El don es pobre, la voluntad rica ;
Esta, Rey soberano, sé reciba
Por ser de quien ofrece cuanto tiene.

CENSURA DE DON ALONSO DE ERCILLA.

Yo he visto este libro, y en él no hallo cosa mal sonante ni contra buenas costumbres; y en lo que toca á la historia, la tengo por verdadera, por ver fielmente escritas muchas cosas y particularidades que yo vi y entendí en aquella tierra, al tiempo que pasé y estuve en ella: por

donde infiero que va el autor muy arrimado á la verdad; y son guerras y acaecimientos que hasta ahora no las he visto escritas por otro autor, y que algunos holgarán de saberlas.

DON ALONSO DE ERCILLA.

ELOGIOS DE LA OBRA POR VARIOS INGENIOS.

Domini MICHAELIS D'ESPEJO, *præfecti ararii ecclesiastici Sanctæ-fidei novi regni.*

Unus erat quondam notus mortalibus orbis,
Unus et in mundo tunc quoque Phebus erat.
Alter ab Hispanis cum sit superatus athletes
Alterius Phebi convenit esse jubar:
Ut videant omnes magnorum facta virorum;
Caecis in tenebris quæ latuere diu.
Hoc lumen clarum, quo possis cernere gestas,
Dat Castellanos, lector amice, tibi.
Si tamen est aliquid discriminis inter utrumque,
Iste secundus erit, si fuit ille prior.

De HIERÓNIMO GALVEZ.

SONETO.

Brazos de los insignes castellanos,
Engrandeciendo mas honra ganada,
Llegaron con los filos de la espada
Do no llegaron griegos ni romanos.
Pues navegando mares oceanos
Por donde no halló nacion entrada,
Han dado monarquía prosperada
Al mejor rey de todos los humanos.
Estaban sus proezas en los pechos
Del olvido por falta de escriptura,
Mas vos las dais al siglo venidero.
Dais, Castellanos, castellanos hechos:
¿Qué mayor bien, ni qué mayor ventura,
Que teneros á vos por pregónero?

De JUAN CIBERIO DE VERA.

AL LECTOR.

Valor de castellanos ha triunfado
De todas las indómitas naciones,
Y en cualesquier honrosas ocasiones
Su lanza satisfizo su cuidado.
Y Castellanos es quien ha cantado
Sus proezas sin uso de ficciones,
Porque las flores de sus guarniciones
Salieron de la tela del brocado.
Y así, lector, vereis pura sustancia
De verdades y cosas tan estrañas,
Que ninguna merece mal oido.
Pues demás del estilo y elegancia,
Son obras, son grandezas, son hazañas,
Índignas de la cárcel del olvido.

De don BERNARDO DE VARGAS MACHUGA.

Vi, señor, vuestra historia peregrina
Donde mostráis ingenio peregrino:
Con quien la desposais de mas es dino,
Y ella de tal esposo no es indina.
Sea buena ventura la madrina,
Y el mesmo desposado su padrino:
Pues rey que tiene merecer divino
Hará la respetar como divina.
Moneda fué la de los castellanos
Que todos la tuvieron por perfeta,
Subida de quilates y de granos.
Confiad pues, dotiloco poeta,
Que la que se labró por vuestras manos
A todos ha de ser grata y aceta.

Del sarjento mayor LÁZARO LUIS IRANZO.

No debe tanto á Homero el griego bando
Porque cantó sus hechos soberanos,
Como á Juan Castellanos castellanos,
Que los va en las estrellas colocando.
Virgilio esté á sus frigios alabando,
Y el docto Tito Livio á sus romanos:
Que nuestro historiador con propias manos
Obró con Marte lo que va cantando.
Fueron igual en el pluma y espada,
En vencer y en cantar de las regiones
Del español pisadas y rendidas.
Y destas sus historias y blasones
La muerte quedará tan ensalzada,
Que ya los vivos no estimen las vidas.

Del AUTOR.

Aquí, lector, verás cosas tocantes
A nuevas tierras y á sus influencias,
Varias regiones, muchas diferencias
De bárbaros en ellas habitantes.
Pero suplicote que no te espantes,
Si fuera de guerreras competencias
Encontrares algunas menudencias,
Desenfado comun de caminantes.
Pues aunque viven pocos este dia
De los que comenzaron los cimientos,
Demás de los trabajos padecidos,
En sus conversaciones todavía
Refieren gratos y donosos cuentos,
Que no dan sinsabor á los oidos.

ELEGIAS DE VARONES ILUSTRES DE INDIAS.

SEGUNDA PARTE.

INTRODUCCION.

Aquí comienza ya mi flaco Marte
A ser por otras tierras peregrino,
Con intencion de dar segunda parte
A tan prolijo y áspero camino:
Provea de salud, ingenio y arte,
Aflato del espíritu divino,
Porque pueda con versos elegantes
Dar cuenta de regiones tan distantes.

Aquel de quien el bien todo redunda
Haga mi torpe pluma mas lijera,
Pues bien como doncella pudibunda,
Que de clausura grande sacan fuera,
Quiere salir agora la segunda
Por el orden que tuvo la primera;
Y es desde Venezuela donde muerto
Dejamos el tirano desconcierto.

Suélense computar en doce grados
Términos desta costa ya medidos,
Pueblos que de españoles hay poblados:
Están la tierra adentro muy metidos
Grandes campos y hatos de ganados,
De buenos alimentos proveidos,
Minas algunas por su circunstancia,
Y de diversos frutos abundancia.

Pero no quiero seros importuno
En contaros agora los lugares,
Que yo diré después de cada uno
Hasta las cosas muy particulares:
Volvámonos al reino de Neptuno
Y á las riberas grandes destos mares,
Pues tenían un tiempo sus ancones
Potentes y admirables poblaciones.

Pero también por los inconvenientes
En tierra de Cubagua sucedidos,
De increíble número de gentes,
Los vemos solos y barridos,
Caciques y señores prepotentes
Con todos sus subyectos consumidos,
Por usarse también mala cautela
En la gobernacion de Venezuela.

Y Venezuela de Venecia viene,
Que tal nombre le dió por escelerencia
El alemán, diciendo le conviene
Al grande lago desta pertenencia
Llamado Maracaibo; y este tiene
Mas de cien leguas de circunferencia,
Y por la parte de mas ancha via
Sesenta y algo mas de travesía.

Por partes la rodean altas breñas,
Y por parte también campo patente:
Tiene dos islas, y estas son pequeñas,
Habitadas de aves solamente:
La una tiene selva y altas peñas,
Donde suele venir indiana gente
A se bolgar las tardes y mañanas,
Y á caza de conejos y de iguanas.

Motatan su licor allí derrama,
Que viene de la parte del oriente,
Y por la misma via corre Chama
Con impetuosisima creciente;

Y Cucuta también que, segun fama,
No es en descendencia diferente,
Con otros muchos mas, cuya porfía
Nace del ángulo de mediodia.

Deste reino lo ceban otros rios,
Por do, hasta llegar á sus confines,
Pueden desde la mar entrar navios,
A lo menos remeros bergantines,
Las mayores distancias ó desvíos,
Hasta los indios dichos matáchines,
E ya cierto patax hizo la prueba
Hasta cerca de Mérida la nueva.

De hoja de laurel es la hechura,
Ambas bandas así proporcionadas:
Va desaguando acia Cinusura,
Donde mezcla sus aguas con saladas:
Dentro tienen los indios su cultura
De casas fuertemente fabricadas
Sobre las barbacoas, con estantes
Hincados en las aguas circunstantes.

Son estas barbacoas soberados
Para su defension ingeniosos,
Por suelo palos gruesos apretados
Con yedras ó bejucos correosos:
Allí tienen tugurios bien formados,
Y viven regalados y viciosos
Con la fertilidad de pesquería
Que les sirve también de granjería.

Ofensa suele ser del enemigo
Aquesta sobredicha compostura,
Y están las barbacoas que ya digo
Las mas á dos estados de fondura:
Agua les es refugio y es abrigo,
Y hace su morada mas segura:
Allí hacen mercados, ponen tiendas
Y contratan sus bienes y haciendas.

La traza doy, segun las relaciones
Que me dieron amigos míos antes,
Y acaso no serán sus descripciones
En geografía llenas ni bastantes;
Mas ahora, con otras perfecciones
Que se pintan en trazas semejantes,
Me pareció poner aquí la muestra
Que se delineó por mano diestra (1).

Y es Francisco Sojer, á quien convino
Hacer viaje por aqueste lago,
Varon de entendimiento peregrino,
Regalo de las musas y halago,
Tanto, que lleno de furor divino,
Podría rehacer lo que yo hago,
El cual andando por el alaguna
Notó sus partes todas una á una.

Y de mi voluntad y pedimento
Aquí la retrató su propia mano.
Y aun es aqueste su menor talento,
Y de su habilidad lo mas liviano;
Pues para cosas de mayor momento
Le dió Dios un ingenio soberano,
Con aquello que hace mas al caso,
Ser de virtudes santas rico vaso.

Pudieran detenerme tales loas,
Porque no fueran ratos mal gastados,
Pero volvámos á las barbacoas
Y á los ingeniosos soberados,
Debajo de las cuales hay canoas,
Ó navios que tienen diputados,
Con que se mandan hombres y mujeres
Y se sirven en todos menesteres.

(1) Al pié hay lo siguiente: «Aquí la laguna de Venezuela.» Y en efecto estuvo el tal mapa, que debió de arrancarle alguno há bastante tiempo, segun la muestra.

Es la canoa barca de un madero,
Que rige con grandísima destreza
El bárbaro patron ó marinero,
Y corre con tan grande lijereza,
Que parece vencer lo mas lijero,
Por ser hecha con mucha subtileza;
Y no son muy crecidos estos leños,
Pues por la mayor parte son pequeños.

Pero quiero decir aquí de una
Canoa que hicieron los cristianos,
Para poder pasar esta alaguna
Y ver los otros campos comarcanos,
Sin que los estorbase la fortuna
Que suelen mover vientos oceanoz,
Hecha del tronco de una ceiba verde,
Tan grande que ella pide que me acuerde.

Que para la llevar cómodamente
Al agua con parales donde topa,
Con ser crecido número de gente
Destas indianas partes y de Europa,
Fué cosa, según dicen, conveniente
Que diez piés le cortasen de la popa,
Con las cuales industrias y concierto
La metieron en el acuoso puerto.

Podía bien sufrir en el pasaje
Mastel con velas de tupidas lonas,
Y capaz en llevar cada viaje
Diez caballos y mas de cien personas,
Con abundancia de matalotaje,
Ropas, armas, ballestas y azconas,
Con el demás pertrecho y atavío
Que pudiera llevar un buen navio.

Pasaron pues el lago descubierto
De la manera que se representa.
Los moradores dél en cada puerto
Hacen de sus canoas mucha cuenta,
Cavadas por gran orden y concierto,
Con carecer de toda herramienta;
Mas lábralas flegmático sosiego
Con hachuelas de piedras y con fuego.

Para los usos mas cotidianos
De oro bajo suele ser alguna,
Pero si por rescates de cristianos
Les da hachas de hierro la fortuna,
Con prolijo trabajo de sus manos
Las cortan bien, haciendo dos de una;
Y esto hacen con hilos de algodones,
Mediante sus prolijas dilaciones.

También suelen, y no con mucha pena,
Con los hilos que digo retorcidos,
Cortar en una noche la cadena,
Huyendo los en ella detenidos;
Y el que de indios la tenía llena
A la mañana los halló huidos:
Al fin en la prision que los lastima
Los hilos de algodón sirven de lima.

Y así suelen, cuando se ven captivos,
Engañar al mas diestro baquiano:
Que busca grandes mañas y motivos
De libertad el corazón humano.
Y pues pintamos indios fugitivos,
Quiero decir de cierto lusitano
Una maña donosa muy reida,
Que para huir tuvo su querida.

Era india bôzal, mas bien dispuesta;
Y el portugués, que mucho la quería,
Con deseo de vella mas honesta
Vistióle una camisa que tenía;
Hízola baptizar, y con gran fiesta
Debió celebrar bodas aquel día:
Que en entradas vergüenza se descarga
Para poder correr á rienda larga.

Estaban en zavana de buen trecho,
Y llegada la noche muy oscura,
El portugués juntóla con su pecho
Para poder tenella mas segura:
Ambos dormían en pendiente lecho,
Según uso de aquella coyuntura;
Fingió la india con intento vario
Ir á hacer negocio necesario.

Levantóse del lusitano lado,
Y sentóse no lejos dél, que estaba
Los ojos en la india con cuidado
De ver si mas á lejos se mudaba;
Siendo de su mirar asegurado
Viendo que la camisa blanqueaba,
La india luego que la tierra pisa
Quitóse prestamente la camisa.

Y al punto la colgó de cierta rama,
Por cebo de la vana confianza;
Aprestó luego mas veloz que gama
Con el traje que fué de su crianza:
El pensaba lo blanco ser la dama;
Mas pareciendo mal tanta tardanza,
Le decia: «Ven ya, miña Tereya,
A os brazos do galán que te deseya.»

Y también miña Dafne le decia,
Teniéndose quizá por dios Apolo;
Y agora no lo fué, pues que no via
A la que lo dejaba para tolo;
Estenderá los rayos con el día,
Para que pueda ver el rastro solo:
Que agora tanto nubló se le pega,
Como á los moradores de Nurega.

Faltó también la lumbre de la hermana
Que fué para su Dafne gran seguro,
Quiero decir, la lumbre de Diana,
Que suele deshacer lo mas oscuro:
No se tornó laurel, tornóse rana,
Por ser también el agua de su juro,
Y ser la lijereza de la perra
No menos en el agua que en la tierra.

Viendo no responder, tomó consejo
De levantarse con ardiente brio,
Diciendo: «¿Cuidas tú, que naon te veyo?
Véyote muito bein per o atavio.»
Echóle mano, mas halló el pellejo
De la querida carne ya vacío;
Tornóse pues con sola la camisa,
Y mas lleno de lloro que de risa.

Y la moza, mas suelta que Atalanta,
Alcanzó de su curso los extremos;
Del lago que decimos no se espanta,
Ni de las bravas ondas que le vemos:
Llegó á las barbacoas la gigante,
Haciendo de sus diestros brazos remos,
Pues allí las mujeres y varones
Son en nadar mas diestros que tritones.

También podré decir sin desvario,
Que suele navegar algun salvaje
Por esteros, lagunas ó por rio,
Y dada conclusion á su viaje,
Puesto sobre sus hombros el navio,
Lo lleva donde hacen estalaje:
Parecen monstruosas cosas estas,
Poder llevar navios á sus cuestras.

Quiérome declarar desta manera
Por deshacer la duda del oyente,
Haber canoa como lanzadera,
Capaz de una persona solamente,
Hecha de lijerísima madera,
Que vuela contra toda la corriente;
Y por no la dejar en el arena
En los hombros la lleva muy sin pena.

Y aun suele hacer mas la gente fiera
Contra sus enemigos peleando:
Tener el un pié dentro, y otro fuera,
Con el cual va la barca gobernando,
Sirviéndole de remo, de manera,
Que puede con las manos ir flechando,
Y no va menos cierta la saeta
Que si la despiciera diestro geta.

Y es entre indios cosa bien usada.....
Pero pues declaramos la facecia
Y burla de la vil enamorada,
Que para verse libre no fué necia,
Digo que por la causa señalada
Se dijo Venezuela de Venecia,
Y así llamamos todos esta tierra,
Que muy prolijos términos encierra.

Los naturales della son desnudos,
Todas sus proporciones muy bien hechas,
Alentados, fornidos y membrudos,
Prontísimos al arco y á las flechas;
Algunos son flojísimos y rudos
Cerca de sus labranzas y cosechas;
Hay gente limpia, de graciosa traza,
Y dados á la pesca y á la caza.

Y aun no suelen las cazas ser ayunas
Sobre sus lindes de pasiones graves;
Pero bueno será decir de unas
Maneras de cazar algo suaves,
En algunos estanques ó lagunas
Habitadas de nadadoras aves;
Y están estos estanques y sus senos
De secos calabazos siempre llenos.

Por cima de las ondas fluctuando,
O quedos si no da soplos el viento,
Las ánades entrellos churcheano
Aquello que les es mantenimiento.
Allí suelen entrar de cuando en cuando
Indios que de cazar tienen intento,
Cubierta la cabeza del cazante
Con medio calabazo semejante.

Y porque con aquellos embarazos
Las ánades allí no puedan vello,
Entre los sobredichos calabazos
En el agua se mete hasta el cuello,
Cubiertas bien las manos y los brazos
Escepta la cubierta del cabello,
Con cordel apretada la cintura
Para colgar la caza que procura.

Cubierto pues con aguas el villano,
Do para su propósito barrunta
Estar mas á sabor y mas cercano
Al tiempo que algun ave se le junta,
Asele de los piés oculta mano,
Y entre las turbias aguas es defunta;
Y con gastar en esto breves ratos
Acontece sacar copia de patos.

Ya digo no ponelles embarazo
Las ropas sinuosas ni pendientes:
El viril miembro cubre calabazo,
Pero los ginitales van pendientes;
A otros mas honestos un pedazo
De maure cubre partes impudentes,
Y aunque desnudas todas las mujeres,
Vencen las mas honestos pareceres.

Porque debajo la borejadura
Se ponen la que llaman pampañilla,
Que van tendiendo hasta la cintura,
Y allí galana zona con que asilla.
Son mujeres de tanta hermosura,
Que se pueden mirar por maravilla,
Triguñeras, altas, bien proporcionadas,
En habla y en meneos agradadas.

No falta gentileza de Deidamia,
Ni belleza que las antigüedades
Quisieron colocar en Hipodamia,
Con otras apacibles cualidades;
Mas no sin deshonor ni sin infamia
En cumplir deshonestas voluntades,
Pues apenas vereis do no se tope
El ardiente lascivia de Sinope.

Fueron pues los principios descubiertos
Por Colon con las gentes castellanias,
Y después los hicieron mas abiertos
Ferias del español cotidianas;
Y así continuaban estos puertos,
Vecinos de las islas comarcanas,
Rescatando con cuentas y con hachas
Oro, ropa, muchachos y muchachas.

La ropa que decimos son hamacas
De que tienen por esta circunstancia
Y por toda la tierra de Caracas
Destas camisas pendientes abundancia:
Maures y mantellinas, que aunque flacas
Cubiertas, es allí buena ganancia;
Habían los esclavos muy baratos,
Y no les iba mal en los contratos.

Mas las contractaciones maculaba
Cudicia, que no hizo cosa buena,
Pues fiel amistad que el indio daba
Se solía pagar con dura pena;
Y el que nunca la vió, ya recelaba
El riguroso son de la cadena,
Hallarse de sus tierras apartado,
Y ver el rostro del señor airado.

Mantenan los indios paz entera,
Mayormente la gente caquetia,
Por ser en sus costumbres mas sincera,
Con cierta presuncion de hidalguia;
Mas nuestra castellana mas artera
A su sinceridad no respondeia,
Y así por dalles muchas ocasiones
Empeoraron ellos condiciones.

Porque si procuraba sus provechos
El español mediante sus engaños,
También indios quedaban satisfechos
Con muertes, con heridas y otros daños,
Y en defenderse con valientes hechos
Duraron harto número de años,
Tanto, que fué por bien larga distancia,
La pérdida mayor que la ganancia.

Y á no se consentir aquella era
Tantas y tan enormes sinrazones,
Sino que se pasara la carrera
Según las nuevas leyes y sanciones,
Esta gobernacion digo que fuera
De lo mas principal destas regiones,
Por ser muchas provincias principales
Con grande cantidad de naturales.

Caquetios, guanaos y coyones,
Aratomos, cocinas y timotos,
Giraharas de bravas condiciones,
Los cuicas, guahiguas, los itos,
Todas estendidísimas naciones,
Demás de guamonteses y de enotos,
Y otras algunas mas, que Dios mediante,
Habríamos de decir mas adelante.

Pero de grosedad tan conocida,
Do se hiciera permanencia buena,
Hay tan poquitos hoy que tengan vida,
Que la memoria da terrible pena;
Cubagua fué sin freno y sin medida,
Y aquí fué la maldad no menos llena:
Yo mismo vi cautelas é invenciones
Indignas de cristianas intenciones.

Volviendo pues al término marino,
Digo que con algunos compañeros
Solía frecuentar este camino
El factor Joan de Ampíes, de los primeros
Que de Santo Domingo fué vecino,
Donde yo conocí sus herederos,
Y á Bejarano que, por ser quien era,
Heredó por mujer á su heredera.

Curazao y Aruba, que frontero
Desta costa son islas situadas,
Al Joan de Ampíes, factor ó tesorero,
En perpetuo gobierno fueron dadas,
Las cuales por aqueste caballero
Primeramente fueron conquistadas;
Y pues son tan cercanas desta gente,
Quiero trataros dellas brevemente.

De la costa del mar que represento,
Hasta tres leguas estarán distantes;
Las gentes que las tienen por asiento
Son mucho mas que otras elegantes,
Y tanto que por otro nombramiento
Les llamaban las islas de Gigantes,
Por ser en general de su cosecha
Gente de grandes miembros y bien hecha.

No tienen para qué formar querellas
De natura por malas proporciones:
Son las mujeres por extremo bellas,
Gentiles hombres todos los varones;
Por consiguiente son ellos y ellas
De nobles y apacibles condiciones;
Tienen para la guerra gentil brio,
Y su lenguaje es el de caquetio.

En el agua se mueven diestramente,
Soltisimos en tierra y alentados,
Punteria de tiros excelente
En aves, en conejos, en pescados;
Háñse lavado todos en la fuente
Que quita las manecillas y pecados;
Tienen pueblos formados, tienen templos,
Y sus amos les dan buenos ejemplos.

Ningunos pueden ser mas excelentes
De flecheros que el orbe nuevo cria,
Porque desde muchachos balbucientes
Se hacen diestros en la punteria:
Júntanse muchos niños, pretendientes
De llevar cada cual la mejoría,
Puestos en los extremos de una plaza
Con bola verde como calabaza.

Estando todos ellos esperando,
Arrónjanla con brazo vigoroso,
Y aquel que no le da yendo rodando,
Queda de cierto premio perdidoso:
Vanse por tiempo tanto despertando,
Que yendo con el paso presuroso
Nunca yerran conejo ni hutia,
Ni saben arronjar flecha baldia.

Por Juan de Ampíes, después por Bejarano
Se les daban cristianos documentos,
Y cada cual con celo de cristiano
Deseaba poner buenos cimientos;
Mas no siempre tenían a la mano
Quien les administrase sacramentos;
Mas este si faltaba se suplía
Con algun lego que los instruía.

Uno conocí yo, pero no viejo,
Y aunque se me mostraba no ser basto,
Aquella soledad y el aparejo
Lo hacian vivir muy poco casto;
Y siendo proveido de consejo,
Se le hizo del mal dejar el pasto:
Do consta con cuán grande pesadumbre
Se suele desechar mala costumbre.

Algunas veces hubo sacerdote
Que tenia cuidado desta cosa,
A lo menos después que vino en dote
Esta gobernacion infructuosa;
Pero también deseo que se note
Ser una vida harto trabajosa
Residir el pastor entre ganado
Que cura, y él no puede ser curado.

Pero para buscar lo que consueta
Al ánima de máculas teñida,
Solía con alguna canohuela
En tiempo de bonanza conocida
El tal atravesar á Venezuela
Con harto detrimento de la vida;
Porque del mar cuando mayor bonanza
Se debe tener menos confianza.

Hay allí de ganados buen rebaño
De todas castas, mas de tal grandeza,
Que si yo por ventura no me engaño
Esecede á la comun naturaleza:
Del cual los indios recibían daño
A causa de tener gran estrechez;
Mas bien sabe hacer manada angosta
El indio, cuando á ello se regosta.

Sucedió pues en este tal gobierno
Lázaro Bejarano, que ya digo
Que como sucesor y como yerno
Fué destes dichos indios gran abrigo.
Su nusa digna fué de nombre eterno,
Lo cual no digo por le ser amigo,
Sino porque sus gracias y sus sales
No sé yo si podrán hallar iguales.

Haciendo yo por estas islas via,
Sería por el año de cuarenta,
Allí lo vi con su doña María,
De tantas soledades descontenta:
Holgaronse de ver la compañía
De los que allí llegamos con tormenta:
De la Española vino con sus prendas,
A fin de visitar estas haciendas.

Aunque allá las tenía principales,
Y un ingenio, que es gran heredamiento;
Pero la condiccion de los mortales,
Puesto caso que tengan buen sustento,
Es siempre procurar que sus caudales
Vayan en excesivo crecimiento,
Sin espantillos riesgos ni trabajos
O de caminos largos ó de atajos.

Al tiempo que llegamos á su puerto,
Un grave sinsabor lo poseía,
A causa de que se le había muerto
El único heredero que tenía;
Mas él, como varon sabio y esperto,
Con cristiana cordura lo sufría:
La cándida mujer por excelencia
Padecía su mal con impaciencia.

Pero la gente que llegó novela
Por términos cristianos consolóla;
Después en una buena carabela,
Fastidiados ya de vida sola,
Se bajaron al Cabo de la Vela
Para de allí pasar á la Española;
Y en el río la Hacha, que es do cuento,
Se les hizo muy gran recibimiento.

Invencciones allí ricas y estrañas,
Variados colores de libreas,
Hubo toros, sortija, juegan cañas,
Corriéronse riquisimas preseas,
Donde se daban todos buenas mañas,
Por estar en presencia de sus deas,
Aunque toda la fiesta se hacia
Por respecto de la doña María.

Era con gran razon merecedora
De fiesta tan cabal y generosa,
Porque demás de ser esta señora
En aviso cabal y virtuosa,
Entre las otras era como aurora
En todas buenas partes de hermosa.
Con esto coneluyamos, y aquí pare
Lo de Aruba, Curazao y Buinare.

Mas á la tierra firme que frontera
Tenemos, de presente nos volvamos,
Procurando de dar razon entera
De lo que coligimos y notamos,
Y no prolija, pero verdadera,
Segun en lo demás acostubramos;
Pues para se quistar bien algun cuento
Es la verdad insigne condimento.

Aquesta costa toda se sabia
Cuya gran poblacion á muchos llama,
Y de la tierra adentro se tenia
No menos opinion ni menos fama;
Y no solo por Indias se estendía,
Pero por otras partes se derrama,
Y así muchos varones eminentes
Eran de su conquista pretendientes.

No tenían el ánimo distinto
Desta negociacion los de Alemaña,
Y el gran emperador don Carlos Quinto
La dió, creyendo darse buena maña,
Con otros intereses que no pinto,
A los que llaman de la gran compañía,
Que son aquellos Berzares famosos,
En tratos y haciendas poderosos.

Habidos los recados y poderes
Con los demás pertrechos suficientes,
Enviaron los gruesos mercaderes
Capitanes con número de gentes,
Algunos con sus hijos y mujeres,
Para poblar lugares convinientes;
Y habiales cabido buen partido,
Si por entonces fuera conocido.

Y cierto, si duraran pensamientos
Con las ejecuciones juntamente,
Pudieran hacer repartimientos
De grandísimo número de gente:
Quedarán todos ricos y contentos;
Mas el efecto fué muy diferente,
Adelante llevando su porfia,
Dejando atrás lo que les convenia.

Y aquella general inadvertencia
A todos cuantos hoy viven lastima,
Por ser entonces tanta la demencia,
Que indios no tenían en estima,
Y nadie procuraba permanencia,
Sino coger el oro de por cima;
Y tan exorbitantes intenciones
Fueron causa de grandes perdiciones.

Tierras cercanas pues menospreciadas,
Que de descanso daban certidumbre,
A lo largo hacian sus jornadas,
De que después tuvieran mejor lumbre;
Hicieron prolijisimas entradas,
Y todas con inmensa pesadumbre,
De las cuales daré razon cumplida,
Si Dios fuere servido darne vida.

Serán en su proceso celebrados
Insignes y valientes capitanes;
Grandes proezas, hechos señalados,
De fuertes españoles y alemanes;
Riesgos de vida, fines desastrados,
Trabajos insufribles y desmanes,
Con otras cosas dignas de memoria,
Merecedoras de cabal historia.

Pues el Ampíes, tractante diligente
En la contractacion deste camino,
Era de la conquista pretendiente,
Y no sé yo por qué vias le vino;
Mas el primero fué que metió gente
En tierras deste bárbaro vecino,
Año de veinte y cinco con quinientos,
Y el número mayor de los diez cientos.

La causa principal fué tener prendas
De indios desta tierra naturales,
En hatos de ganados y haciendas,
De minas, de maíces y yucales,
Que daban relacion de las viviendas
De muchas poblaciones principales,
Entre los cuales fué cierto mancebo,
Señor de la ciudad Hurehurebo.

Y en casa del Ampíes este tenia
Sus hijos, su mujer y una su hermana;
Aqueste se llamó Fernán García,
Después que ya tomó la fe cristiana,
La hermana se nombró doña Mencía,
A su mujer pusieron doña Juana;
Era también cautiva desta presa
Otra que se llamó doña Teresa.

Instructos en católico camino,
Este Fernán García y doña Juana
Se casaron segun orden divino
De la Iglesia católica romana.
El dicho Joan de Ampíes fué su padrino
Y á todos libertó de buena gana,
Y vinieron con él en un navio
A sus vasallos y á su señorío.

Era poca la gente que traía,
Pero como valiente y atrevido
En la tierra metió su compañía,
Sin serle por los indios defendido;
Fundó su pueblo donde convenia
Para la defension de su partido:
Aqueste Coro fué, segun parece,
Pues hasta nuestros tiempos permanece.

Púsose por la gente forastera
Al pueblo semejante nombramiento
Por el río que guia su ribera
Brevecilla distancia del asiento,
Que siempre se llamó desta manera:
El cual le viene bien, pues Coro viento
Quiere decir en lengua generosa,
Y así es aquella tierra muy ventosa.

Es tierra de fructiferos cardones
Con que gran parte della se embaraza;
De uvas, de granadas y melones
Podría tener abundante plaza;
Hay hobos, cimrucos y mamones;
Abundantisima de toda caza:
Hay perdices, conejos y venados,
Y grande pesqueria de pescados.

De ganados hay hoy los campos llenos,
Su carne por extremo provechosa,
Sabores ultimadamente buenos;
De cabras muchedumbre copiosa:
Paren á dos y tres, si mas, no menos;
Hay de caballos casta generosa,
Y la cercana sierra les da grano
Si les falta por ser largo verano.

Doce leguas en torno del asiento
Había poblacion engrandecida,
Ciudades de grandísimo momento,
Como Todariquibo, Zacerida,
Memoradas también en este cuento
Carao, Tamadoré, Capatarida,
Carona, Guaybaoca, Cumarebo,
Miraca, Hurraqui, Hurehurebo;

Con otros que llamamos de presente,
De cuya poblacion nos es notorio
Tener crecido número de gente,
Hasta Paraganá que es promontorio,
O punta señalada y eminente
De San Roman, antiguo diversorio
De cristianos en aquellas edades,
Sin faltar en los indios amistades.

Cae la sobredicha circunstancia
De Coro segun vemos al nordeste,
Y al Maracaibo ponen de distancia
Treinta leguas al viento sudueste.
En Coro pues con toda vigilancia
El dicho Joan de Ampíes formó su hueste
De pocos pero muy buenos soldados,
Y hasta cinco ó seis hombres casados.

Un Joan Cuarema fué de los primeros
Con su mujer Francisca Samaniego,
Joan García con otros compañeros
Casados, y con ellos maestre Diego,
Bartolomé García y un Riberos,
Segun me declaró Fernán Gallego,
Que tenemos hoy día por vecino
En este reino donde después vino.

Vino también aquel varon famoso,
Esteban Martín, digno de memoria,
Vino Pedro de Limpías valeroso,
Cuya gran valentia fué notoria,
Y el capitán Martínez virtuoso,
Cada cual digno de mayor historia;
Vino Juan de la Puente y un Aceros,
En virtud y valor de los primeros.

El Limpías, el Esteban y el Aceros,
Con la conversacion de aquellas gentes,
De mas de ser fortisimos guerreros
Salieron todos lenguas excelentes;
Porque son estos indios compañeros
Apacibles, benignos y obedientes,
En el lenguaje todos elegantes,
Y estiéndense por tierras muy distantes.

Poblado Coro pues en llana vista,
Lugar de salufifero terreno,
Con municion para que se resista
Al que tuviese parecer ajeno,
Quería comenzarse la conquista
Por los mas comarcanos deste seno;
Mas antes de venir á los cabellos
Se convidó con paz á todos ellos.

Aquesta celebraron tan de veras
Cuanto por el Ampíes se les pedía,
Mediante los terceros y terceras
Que para sus designos él traía:
De suerte que de todas las fronteras
Ninguno para guerra se movía,
Por estar de por medio la Teresa
Y el principe Fernando y su princesa.

Estos trajeron al cristiano bando
Al indio que Manature se llamaba,
El cual sobre caciques tuvo mando
Y toda la comarca subyectaba;
Y hizolo venir el don Fernando
A cuanto nuestra gente deseaba:
Fué Manature varon de gran momento,
De claro y de sagaz entendimiento.

Tuvo con españoles obras blandas,
Palabras bien medidas y ordenadas;
En todas sus conquistas y demandas
Temblaban del las gentes alteradas;
Haciase llevar en unas andas
Con chapas de oro bien aderezadas,
Y el amistad y paz después de hecha
La tuvo con cristianos muy estrecha.

Usaba de real magnificencia,
Sin se le conocer parecer vario,
A sanos y á subyectos á dolencia
Siempre les proveyó lo necesario:
De tal manera, que sin advertencia
Se hizo poco á poco tributario;
Pero jamás desgusto ni molestia
Pudieron perturbarle su modestia.

Nunca vido virtud que no loase,
Ni pecado que no lo corrigiese;
Jamás palabra dió que la quebrase,
Ni cosa prometió que no cumplierse;
Y en cualquiera lugar que se hallase
Ninguno le pidió que no le diese;
En su mirar, hablar y en su manera,
Representaba bien aquello que era.

Ampiés, viendo persona tan urbana,
En medio de tan rudo barbarismo,
Dióle noticia de la fe cristiana
Siendo bien instruido por él mismo;
Y después recibió de buena gana
El agua del santísimo bautismo;
Llamóse don Martín, y después desto
Baptizó de su casa todo el resto.

Demás de la mujer, hijas y hijos,
Se bautizaron todos los vasallos
Que tenía por granjas y cortijos;
Corrieron españoles los caballos
Por mas solemnizar los regocijos;
El don Martín holgaba de mirallos,
Admirado, suspenso y espantado
De ver irracional tan bien mandado.

Fué siempre del Ampiés amigo caro
Satisfaciendo bien sus voluntades,
De todos clementísimo reparo
Y socorro de sus necesidades;
No supo de sus bienes ser avaro,
Ni maculó jamás las amistades;
Fué fiel en palabras y en el hecho,
Y libre de maldad siempre su pecho.

Con estas sobredichas ocasiones,
Conformes á pacífica costumbre,
El capitán Ampiés y sus varones
Tuvieron de la tierra mayor lumbre;
Y aquellas circunstantes poblaciones
Vinieron á la paz y servidumbre
Hasta catorce leguas mas adentro,
Mas de su voluntad que por recuento.

Colando mas adentro con el cebo
De lo que por los indios se decía,
Vino la nueva del gobierno nuevo
Que por los alemanes se traía:
Movióse Joan de Ampiés, y yo me nuevo
Dejándolo por ir por otra vía
A tractar desta gente que ya viene,
Pues él se fué do sus haciendas tiene.

ELEGIA I.

A la muerte de micer Ambrosio, primero gobernador por los alemanes, donde se cuentan las cosas sucedidas en la provincia de Venezuela hasta su muerte.

CANTO PRIMERO.

Habia Febo ya, según la era
Que contamos del santo nacimiento,
Pasado tres quinientos de carrera,
Con otros siete lustros deste cuento,
Por los cursos opuestos á la esfera
Que es causa del diurno movimiento,
Cuando vinieron por los alemanes
Lucidos y valientes capitanes.

Fueron soldados mas de setecientos
En militares artes instruidos,
Copia de belicosos instrumentos
De que todos venían proveídos;
Lucían variados ornamentos
De las bizarras ropas y vestidos;
Las bélicas trompetas dan clamores,
Suenan incitativos atambores.

A la voz de conquista tan solene,
Siguen muchos guerreras ordenanzas:
El caballero deja lo que tiene,
El labrador sus rústicas labranzas;
El oficial humilde también viene
A sombra de soberbias esperanzas,
Y todos los demás con los contentos
Que suelen prometer descubrimientos.

Micer Ambrosio Alfinger los regia,
Persona bien nacida y eminente,
Y cuya discrecion y cortesía
Se puede bien decir ser escelente:
El cual gobernador también tenía
No menores estremos de valiente.
De capitanes hizo nombramiento
A Vasconia y á don Luis Sarmiento.

También á Joan Florin y á Monserrate,
Y Casamirez, hombre de gran cuenta:
Que todos ellos en cualquier combate
Pudieran señalarse sin afrenta;
Indigno de poner en el remate
Al buen Filipe de Utem, que ensangrienta
La tierra con su sangre generosa,
Por mano dura, falsa y alevosa.

Vino Bartolomé Berzar pujante
En la misma sazón y coyuntura,
De bienes temporales abundante,
Pero falto y ajeno de ventura;
Pues un mismo furor en un instante
Nos encubrió la misma sepultura,
Mandando que sus furias se ejecuten
En él y en el señor Felipe de Utem.

Nicolao Fedrimán entonces vino,
Que de micer Ambrosio fué teniente,
Hombre de entendimiento peregrino,
Capitán admirable y escelente;
Pues en cualquier rigor deste camino
Ninguno mas sagaz y diligente:
Del valor de los cuales, Dios mediante,
Diremos grandes cosas adelante.

Entre los mas insignes desta gente
Alonso Vazquez era tesorerero,
De la casa de Acuña descendiente;
Fué contador Antonio de Navero,
Pedro de San Martín por consiguiente
De factores del rey él fué primero:
Cada cual dellos hombre de sustancia
Para cualquier negocio de importancia.

Llegaron pues á la ciudad de Coro,
Cuyas pajizas casas ó bubios
Se mostraban ajenas del decoro
De los recién llegados atavios;
Mas antes de preseas, plata y oro,
Los moradores dellas muy vacíos,
Y lo mas principal de sus arreos
Eran á bien librar bastos anjeos.

De las capas allí la mas usada
Entonces era sola la del cielo;
Casaqueta de lienzo mal cortada,
Alpargate lijero por el suelo;
La vaina con que cubren el espada,
De cuero de venado con su pelo:
Finalmente, que los recién venidos
Hacían burla de los mal vestidos.

Pero también la gente macilenta
Burlaba de quien burla de su pena,
Porque tenían ya por cierta cuenta
Que habían de venir á la melena,
Puestos en el rigor de su tormenta
Que los mas estirados mas refrena;
Y que necesidad, hambre y ultrage,
Habían de hacelles mudar trage.

Pues como ya no se hallasen prestas
Las raciones del vino ni sustento,
Viérades abatidas muchas crestas,
Y andar todos los mas á paso lento;
Y aquellos de las plumas mas enhiestas
Meneallos también cualquiera viento,
Arrastrando los piés por la ribera,
Con traer la barriga muy lijera.

Guiña del ojo práctico soldado,
Que en las necesidades se sustenta
Con cuatro granos de maíz tostado
Con agua, sal y ají, que es la pimienta
Que da sabor al misero guisado,
Y á los que van famélicos alienta
Para subir altísimos oteros,
Mas sueltos que los perros mas lijeros.

Viendo la gente pues tan afligida,
A la sierra hicieron un entrada,
A fin de proveerse de comida,
Ganada por los filos del espada:
Fué gente de valor apercebida
De la recién venida y de la osada,
Y el Esteban Martín fué por caudillo,
Hombre cuyo valor no fué sencillo.

Iban los baquianos compañeros
Con camisetas cortas y ligeras;
Los chapetones no van hechos cueros,
Pero todos los mas vestidas cueros,
Que separaron de los aguaceros
Y del terrible sol no tan sinceras,
Antes del dicho sol y del invierno
Poquito menos duras que de cuerno.

Dejaron de erujir los tafetanes,
Añojaron un poco los follones,
Y los que reventaban de galanes
Ven sus blancas camisas y jubones,
Y aquellos hombecinos habañanos
No menos que los mas negros carbonos;
Viérades luego del soldado viejo
La grita, la matraca y cordelejo.

Uno por una parte les decía:
«Este, señores, es el primer baño».
Otro: «Placerá á Dios que con leña
Remediaremos parte deste daño».
Otro: «Para la siesta deste día
Grande socorro son calzas de paño».
Otro: «Para los riesgos del viaje
Bella defensa es un buen plumaje».

Yendo con semejante batería
A los tales trabajos conveniente,
La cumbre de la sierra se subía
Con una siesta de calor terrible;
Y el antiguo y moderno perecía
De sed, por el ardor ser insufrible:
Agua no se hallaba por la tierra
Hasta la otra parte de la sierra.

Adelantóse pues Pedro de Aranda,
Soldado valeroso, de buen brio,
A fin de se bajar á la otra banda
Do sabia correr un fresco rio;
Van todos los demás en su demanda
Con alguna distancia de desvio,
Mas el Aranda, mozo mas lijero,
El sobredicho rio vió primero.

Encima la barranca, poco llano,
Con arboleada clara que tenía,
En un troncon que vido mas cercano
Arrimó la ballesta que traía;
Atrás dió luego salto bien lejano
Porque le pareció que se movía,
Huyendo con mas impetu que cebra,
Por conocer al claro ser culebra.

El cuello levantó la bestia fiera,
Y luego la trisulca lengua saca;
Meneó la cabeza, la cual era
No de menor grandeza que de vaca;
La lumbre de los ojos reverbera
Para mayor temor del alma flaca;
Mas con oír rumor se estuvo queda
Debajo de la selva y arboleada.

Aranda se paró, como ya viese
Llegar el avanguardia de la gente,
Dió voces para que se detuviese,
Sin huelgo del temor de la serpiente;
La cual como de allí no se moviese,
Y todos se pasasen de repente,
Aranda pidió tiros, y se apresta
Para cobrar sus armas y ballesta.

De venenoso tiro se repara,
Que luego recibió rasa cureña;
Apuntó bien á la espantable cara
Por lo mas escombrado de la breña:
Un ojo le clavó la veloz jara,
Y á no dar allí fuera dar en peña;
La bestia se movió de do yacía,
Con silbos que la selva se hundía.

Infláronse las venas y garganta
Con el dolor y su costumbre brava;
Ya como grande viga se levanta,
Ya se estendía, ya se doblegaba,
Ya ramos de la mas cercana planta
Con golpes de la cola derribaba;
Piedras, palos y cosas diferentes,
Hacia mil pedazos con los dientes.

Reguardábanse todos de las prestas
Vueltas, por no le dar cebo y despojo;
Otros, huyendo van por las florestas
Del gran furor y serpentin enojo;
Otros en él desarman las ballestas
Y acaso le quebraron el otro ojo;
Y en este tiempo vido nuestro bando
Que iba de sus furias alfojando.

Como sus vuelcos fuesen ya pequeños,
Y diese de desmayo clara seña,
Perdieron el temor los mas isleños,
Y de las bajas ramas de la breña
Cortaron verdes y crecidos leños
Para herir la bestia zahareña:
Tal combate de golpes se concierta,
Que la terrible fiera quedó muerta.

Los capitanes desta compañía,
Con todos cuantos iban á su cargo,
La midieron, y vieron que tenía
Poco menos que treinta piés de largo;
Y lo mas grueso della bien sería
De hombre por do tiene mas embargo,
Quiero decir por medio la cintura,
Cosa que de creer se hará dura.

Después del vencimiento serpentino
De que la gente nueva se espantaba,
Prosiguen adelante su camino
Al valle do la guía los llevaba,
Para dar en el misero vecino
Que semejante mal no recelaba;
En el rio hicieron sus conciertos
De caminar por pasos encubiertos.

Conclusas calurosas destemplanzas
Del radiante sol de mediodía,
Caminaron con buenas ordenanzas
Por el umbroso monte tras las guías;
Llegaron á las rocas y labranzas
Que el descuidado bárbaro tenía;
Y en parte que les era mas oculta
Entraron todos ellos en consulta.

La lumbre de la lámpara febea
Debajo puesta ya del horizonte,
Mediante la tiniebla que desea
Quien sigue las tres hijas de Aqueronte,
Seguros de que ya nadie los vea
Dejaron el latibulo del monte,
Y sin ningun rumor, y á paso lento,
Llegaron á la vista del asiento.

Allí paró segunda vez la gente
De nuestras españolas compañías,
Y luego hizo ir incontinente
El Esteban Martín á dos espías,
Astuto cada cual y diligente
En estas semejantes rancherías;
Y fué Pedro de Limpías el un hombre,
Y el otro no me acuerdo de su nombre.

Partiéronse los dos apercebidos,
Segun que suelen táctos y mudos,
Descalzos porque no fuesen sentidos,
Y en todo lo demás cuasi desnudos,
Aunque de sus espadas prevenidos
Y á las espaldas puestos los escudos;
Y ven después de hecho su rodeo
Estar todos subyectos á Morfeo.

Estando pues el Limpias abajado
Entre ciertos ajies ó pimientos,
Vido salir un indio descuidado
Fuera de sus pajizos aposentos:
Sin ver asechador el asechado,
E ya cesando de sus movimientos
A las matas de ajies encamina
La crecida represa de la urina.

Lava con los orines el insonte
Al sote barbas, cejas y cabello,
Y de los pelos del velloso monte
Descienden las corrientes hasta el cuello;
Porque la caza no se les remonte
Retiene Limpias todo su resuello;
Pues al menor anhelo no se suelta
Hasta tanto que el indio dió la vuelta.

El caño del gandul ya desaguado,
Que fué poco menor que congadiera,
En ojos y hocicos rociado,
El buen Pedro de Limpias salió fuera,
Y junto con aquel otro soldado
Volvieron do la gente los espera;
Hablaron con los otros en secreto,
Diciendo: «todo queda ya quieto».

Cuando caliginoso peso iguala
Su curso por venir con el pasado,
Y con el dulce sueño se regala
El cuerpo de cuidados descuidado,
Doscientos españoles van en ala
Para dar el asalto concertado;
Después á baquianos y noveles
Les fueron señalados sus cuarteles.

Los cuales con el tácto semblante
Cada cual á su puesto se endereza,
Rompiendo de la casa circunstante
La puerta del zaguan ó de la pieza,
La punta del espada por delante,
Cubierta del escudo la cabeza,
Y algunos tan sutiles y advertidos
Que pudieron entrar sin ser sentidos.

Los falsos y nocturnos mercaderes
Dan en los miserables inocentes,
Que estaban con sus hijos y mujeres
En las sencillas camas, y pendientes
Perturban soporíferos placeres;
Oprimidos los tienen y obedientes,
Dentro de las hamacas encogidos,
No menos apretados que cosidos.

En todas partes hay desasosiego,
Aquí y allí se siente pesadumbre,
Y entre tanto que guardan el entrego
Los unos, segun tienen de costumbre,
Otros echaban pajas en el fuego
Para mejor valerse con la lumbre;
Mas aquel que soplabá la candela
Cumplíale hacer buena rodela.

Pues entonces á cierto compañero,
En este menester mal advertido,
Que con el resplandor un indio fiero
Soplado sin temor delante vido,
Le dió con una mano de mortero
Con que muelen maíz endurecido,
Y fué de tal manera la herida
Que al tiempo del soplar sopló la vida.

Despertaron al fin los que dormían,
Al grito del vecino y del pariente;
Algunos escapaban y huían,
Otros peleaban valerosamente,
Otros con solas flechas, si tenían,
Procuraban herir á manteniendo,
O sintiendo hablar ó si se topa
Por el obscuridad gente de ropa.

Descendían los golpes encubiertos
Con grande confusión de vocería;
Por una y otra parte son inciertos,
Mas ciertos para quien los recibía:
Hubo de entrambos bandos hombres muertos
Y en partes sanguinosa la porfía;
Pero los miserables salteados
Fueron al cabo los peor librados.

Al tiempo pues que las nocturnas lumbres
Se suelen absentar de vista humana,
E ya dorando va las altas cumbres
El claro resplandor de la mañana,
Cesaron las guerreras pesadumbres;
Victoriosa la gente castellana,
Recogen á la plaza de los vivos
Número copioso de captivos.

Suenan prisiones duras y molestas
Por cuellos de los padres y sus prendas;
Hácese las compañías luego prestas
Para los apartar de sus viviendas;
Llevan los miserables á sus cuestras
Sus adquiridos bienes y haciendas,
Hasta las casas de los vencedores,
Como dellas y dellos poseedores.

Volviéronse por pasos conocidos
Con recato y aviso conviniente,
Llegaron do perciben los oídos
Las ondas sometidas al tridente:
Fueron con alegría recibidos
Deste gobernador y de su gente,
Y repartióse luego la comida
A cada cual, por orden y medida.

Mostró la gente nueva sus trofeos
Así como hazaña grandiosa,
Y en ver algunos indios arreos,
Desea ranchar quien menos osa;
Luego salieron otros arrancheos
Diciendo que el hurtar es dulce cosa;
Recogióse de indios muchedumbre
Reducidos á dura servidumbre.

Para confirmaciones deste yerro
Que de mayores otros se deriva,
Allí los señalaron con el hierro
Que de la libertad dulce los priva;
Perpetuóse luego su destierro
Adonde cada cual muriendo viva,
Poniéndoles prolijo mar en medio,
En otro cautiverio sin remedio.

Gran número de indios ya vendido
Por las islas en públicos pregones,
Trajeron del dinero procedido
Caballos, ropas, armas, municiones:
Fué cada cual soldado proveido,
Segun aquellos tiempos y sazones,
De lo que demandaban sus intentos,
A fin de proseguir descubrimientos.

Luego micer Ambrosio determina,
Con avio que tuvo por bastante,
Dejar por algun tiempo la marina
E ir con sus designos adelante:
Gentes, caballos, armas encamina
Al Maracaibo lago circunstante,
Pues como hallador desta alaguna
Quiso tentar desde ella su fortuna.

Partió pues en servicio del monarca,
Toda su gente bien aderezada,
Y como ya tomase la comarca
Del alaguna ya comemorada,
Para pasar por ella hizo barca
De la ceiba que dejó declarada,
Tronco de veinte piés en la grosura
Y de ciento y cincuenta de longura.

Ayudados de velas y de manos,
En veces y viajes diferentes
Pasaron á los otros campos llanos
Que acia Santa Marta van corrientes,
Donde poblaron pueblo de cristianos
En sitios que no fueron convinientes,
Por ser un suelo seco, tan enjuto
Que nunca produció grano ni fruto.

Si no son datos, fruto de cardones,
De que hay cantidad innumerable,
Que cogen en sus tiempos y sazones,
Y tienen por sustento razonable,
Y en aquellas provincias y regiones
De gustoso sabor y saludable,
Unos redondos, otros perlongados,
Blancos unos y otros colorados.

También demás de ser el fruto sano,
Tiene de buen olor suaves dejes;
Granillos menudicos, y á su grano
Parecen los del higo ser anejos;
El árbol del altura de manzano,
Pero de su blandura va muy lejos,
Pues son ramos rollizos con esquinas,
Cubiertos de espesísimas espinas.

En un pueblo de indios que allí estaba
Hicieron los cristianos el asiento;
Aqueste Maracaibo se llamaba,
De quien el lago tuvo nombramiento:
Allí no se cogía ni sembraba,
Mas era de rescates el sustento,
Y celebraban ferias y mercado
A truco de la sal y del pescado.

Hizo micer Ambrosio de solares,
Segun orden, comun repartimiento,
Nivelando las calles y lugares
Para mejor trazar aquel asiento;
Nombraron de personas singulares
Oficiales, justicia y regimiento:
Fernando de Beteta fué teniente,
Que conoció do moro de presente.

Allí, sin ocasion justificada,
El Ambrosio, guiado por malsines,
Hizo matar al capitán Villada,
Que fué de los soldados mas insines:
De do quedó la gente desgraciada,
Y adivinando trabajosos fines,
Tuvo mala sospecha de alzamiento,
Pero consta que fué sin fundamento.

Era Caravajal el escribano,
Soldado mas astuto que valiente,
Que por ser en sus hechos inhumano
Después tractaré del mas largamente,
Porque mucho después alcanzó mano
En el mando y gobierno desta gente;
Y por sus desconciertos y malicia
Vimos cómo fué muerto por justicia.

De gente que este pueblo sustentaba
Españoles casados no contamos,
Aunque de la caterva que allí estaba
Algunos conocimos y tractamos;
Acuérdome de solo Gil de Nava,
Item de su mujer Isabel Ramos,
Porque bajaron desde Venezuela
Mucho después al Cabo de la Vela.

Siguiendo pues propósitos y fines
Destas cosas de que memoria hago,
Trajo micer Ambrosio bergantines
Para mejor correr aqueste lago:
Recorrieron comarcas y confines,
Y mediante blanduras y halago,
Procuraron traer al que pelea
A la paz y amistad que se desea.

Unos caudillos van hasta la sierra,
Otros corren del agua lo cercano,
Unas veces por paz, otras por guerra
Donde fué menester sangrienta mano:
Al morador del agua y de la tierra
Con gran dificultad se hizo llano;
Mas de la vecindad no tan contentos,
Que no tuviesen muchos movimientos.

Andaban sospechosos y alterados,
Por no les parecer segura vida
Subyectarse por siervos y criados
De la gente feroz recién venida;
Vianse demás desto molestados
Cerca del proveer de la comida,
Que el bárbaro cercano no tenía
Si por rescate no se le traía.

De las tierras de sus pueblos distantes,
Desde donde venían labradores
Con maíz y otras cosas semejantes
A rescatar con estos pescadores;
Porque estos indios, como dije antes,
Son de tierra tan seca moradores,
Que jamás se conoce tiempo frio,
Y el cielo pocas veces da rocío.

Por la molestia pues que voy diciendo,
De que estaban aquestos indios llenos,
Los del agua se fueron retrayendo,
Los de tierra también ni mas ni menos:
Los nuestros, alimentos inquiriendo,
Recorrian con barcos estos senos,
Tan lejos que tardaban muchos días
En socorrer aquestas compañías.

Las cuales padecían entre tanto
De hambre molestísimo tormento,
Y tanto, que llegaban muy á canto
De miserable fin y acabamiento:
Mirábanse los rostros con espanto,
Curtidos del calor y grande viento,
Que tiende por allí soberbia mano,
A lo menos el viento subsolano.

Parte destos trabajos tan pesados
Solía remediar la pesquería,
Y caza de conejos y venados
Que mataba con perros quien tenía,
Y á cuestras de los miseros soldados
Toda la pesca y caza se traía;
Y no tenía la ración mas larga
Quien subyectó sus hombros á la carga.

Por ser igual el grande y el mediano
En semejantes términos y treguas,
Mayormente la parte de aquel grano
Que traían de mas de quince leguas
En los cansados hombros del cristiano,
Y no con los caballos ni las yeguas,
Por reservarlos en aquesta tierra
Para los duros trances de la guerra.

Pues demás de ser pocos, está claro
Ser necesarios en cualquier salida
Para hacer espaldas y reparo
A los que iban cargados de comida
Por tierra donde el pan costaba caro,
Y en agua se pagaba con la vida;
Por fué también adversa la fortuna
A los que entraban por el alaguna.

Donde de muchos trances sucedidos,
Diré de dos docenas de soldados
Que llegaron á pueblos conocidos,
En amistad y paz confederados,
Do fueron de los indios recibidos
Y con alegres muestras regalados,
Y luego la fragata proveída
Hasta que mas no cupo de comida.

En la cual, por razon de estar tan llena,
No podía volver toda la gente,
Y no juzgaban por cordura buena
Dejar alguna parte del presente;
El cacique habló: «No tengais pena,
Que yo daré recado conviniente;
Vayan los que gobiernan al navio,
Que todos los demás ternán avio.»

Por los aviamientos prometidos,
Aqueste capitán y sus soldados
No se mostraron desagradecidos,
Mas imprudentemente confiados;
Y los de la fragata despedidos,
Cuantos podían ir bien aviados,
Atenidos al ya dicho concierto
Los veinte se quedaron en el puerto.

Luego por las canoas importuna
El capitán al indio y á su gente,
Y recogióse del alaguna
Muchas por el cacique diligente;
Pero podían ir en cada una
No mas que dos personas solamente,
Un español á proa sin mas ropa,
Y para lo llevar un indio á popa.